

Valores y ciencia

Félix Ares

Los valores delimitan lo que se investiga, y los resultados de la investigación modifican los valores.

Me voy a meter en un tema del que no solo no soy especialista, sino que ni siquiera soy un mediocre aficionado; no obstante, creo que muchos de los lectores están en mi misma situación y hay una pequeña probabilidad de que mis reflexiones sirvan para algo.

En estos momentos, pensar que hay «dos culturas» me parece tremendamente incorrecto. En primer lugar, la ciencia es una parte de la cultura. No solamente se trata de que la cultura abarca todas las actividades humanas —y la ciencia es una de ellas—; también se trata de que lo que la ciencia investiga depende de la cultura. Veamos unos ejemplos.

Si surge una cultura agrícola, necesitará investigar sobre la sucesión de las estaciones, la duración de los ciclos anuales, etc., y ello lleva a la investigación sobre la astronomía. Las necesidades de las sociedades agrícolas hacen que resulte de gran valor investigar sobre el calendario, los movimientos estelares, los ciclos del agua —lluvias y sequías—, etc. La agricultura no solo da valor a la investigación astronómica; también lo hace con la investigación de qué plantas son comestibles, las formas de cultivo, la forma de abonar, los problemas de agotamiento de suelos, etc.

Los astrónomos, por poner un ejemplo, lograron determinar la duración del año y los ciclos de las estaciones, pero desconocían las razones profundas de todo ello: no sabían que la tierra giraba sobre su eje, ni lo que eran los planetas o las estrellas, y los humanos somos curiosos y necesitamos respuestas; no nos gusta el «no sabemos». Queremos certezas. De ahí a inventarse religiones solares hay una distancia mínima. Realmente, no sé si fue la astronomía la que dio lugar a las religiones solares o si fueron las religiones las que valoraron la astronomía, pero no me importa en este momento. Lo importante es que ciencia, valores y cultura se mezclan.

Otro ejemplo que me atrevo a mencionar es el de Beccaria, que con su obra *De los delitos y las penas* inicia el estudio de lo que son el delito, el delincuente y la misión de las penas. Introduce en la sociedad un nuevo valor que viene

a decir que lo importante es que el número y la gravedad de los delitos disminuyan. Ese valor es cuantificable y da origen a la ciencia de la criminología. Con posterioridad, en el siglo XX nos dimos cuenta de que las víctimas habían sido las grandes olvidadas de este fenómeno, y se crea un nuevo valor: las víctimas deben ser ayudadas y resarcidas, y para saber cuál es el mejor método surge la ciencia de la victimología.

No quiero multiplicar los ejemplos, sino solo señalar que muchas ciencias surgen porque hay nuevos valores, valores que promueven nuevas ciencias.

Y al contrario: la ciencia crea nuevas situaciones y obtiene nuevos conocimientos que hacen cambiar la sociedad y sus valores.

En estos días, es habitual oír que «los valores están en crisis». Normalmente esto lo dicen —en nuestro país— personas conservadoras, muy ligadas a lo tradicional. No hay que ser muy perspicaz para concluir que lo que quieren decir no es lo que dicen. Lo que quieren decir es: «nuestros valores, esos que se basaban en nuestra tradición y en las creencias de la Iglesia Católica, los únicos valores dignos de ese nombre, ya no los acepta la gran mayoría de la población». Lo que no tienen en cuenta es que, tal como nos han enseñado ciencias como la historia, la antropología, la etnografía, etc., los valores no son fijos. Cambian en el espacio y en el tiempo. Pocas dudas hay de que los valores medievales no son los mismos de hoy (variación en el tiempo). Por poner un par de ejemplos: a nadie en la Edad Media europea se le hubiera podido ocurrir que el matrimonio homosexual no fuera una aberración condenable a tortura o muerte. Si alguien se hubiera quejado de lo bárbara que era la pena de muerte, se hubieran reído de él. Y también hay variación en el espacio. Por ejemplo, en el siglo XIX, dejar morir a los viejos era lo estándar entre los *inuit* —esquimales— mientras que era inconcebible en Europa.

He tenido que ir al pasado, pues tras la brutalidad de las dos guerras mundiales surgió un sistema de valores global

que se aplica (o trata de aplicar) en (casi) todo el mundo, y que se llama *Declaración Internacional de los Derechos Humanos*. Esa carta (casi) eliminó la muerte a los ancianos de los *inuit* o el canibalismo de diversos lugares de África y de la polinesia. Después volveré a esta Declaración.

Los valores evolucionan y compiten entre sí, y nos quedamos —espero— con los mejores. Arriba había dicho que los valores no son algo fijo, sino que cambian en el espacio y en el tiempo; y hay que añadir un nuevo factor: hoy son mucho menos uniformes que antes. Antes, en un grupo social había unos valores que admitía casi todo ese grupo. Hoy no es así; en sociedades mucho más complejas, hay decenas o centenas de sistemas mezclados, y no hay un libro —la Biblia, el Corán, la Torá por ejemplo— que los establezca. En nuestras sociedades conviven personas con diferentes valores. ¿Cuáles elegir? ¿Los de la religión dominante? ¿Los que dicten los políticos? A estas alturas de civilización, creo que ningún axiólogo se enfadará conmigo si digo que el único método que se me ocurre para decidir qué valores deben imperar en un momento y en un lugar debe ser el democrático.

Y eso nos lleva a una consideración que me parece interesante: los valores influyen decisivamente en lo que se inves-

tiga; los valores son democráticos; ergo, lo que se investiga es (debería ser) democrático. Cuidado, no estoy diciendo que hayamos alcanzado ese nivel de civilización, sino que es la meta hacia la que vamos. Quizá el fallo del razonamiento esté en que nuestros valores todavía no son democráticos. Todavía padecemos una democracia muy imperfecta.

Tampoco estoy diciendo que la ciencia —ni sus resultados— se base solo en valores, pero sin duda estos influyen en lo que se investiga. En absoluto. Asumo que el método científico tiene sus mecanismos para aproximarlos a la realidad y puede llegar a producir paradojas, como que la ciencia que nace basándose en un valor llegue a demostrar que este está equivocado. Un ejemplo puede ser el de los espiritistas científicos —que los hubo—, que empezaron a estudiar la existencia de los contactos con «el más allá» y concluyeron que era una farsa. Ídem con la ufología científica —que la hubo—.

Nuestros valores están evolucionando con una rapidez vertiginosa. Voy a dar unos ejemplos de cosas que se han conseguido tras las dos guerras mundiales: la Carta de los Derechos Humanos, la Carta de los Derechos del Niño, el derecho al voto e igualdad de derechos políticos de la mujer, la igualdad de derechos por el color de la piel, la abolición de la pena de muerte en la mayoría de las naciones, el evitar el sufrimiento en animales, el matrimonio homosexual, la creación de diversos tribunales internacionales de delitos contra la humanidad, la introducción de nuevos delitos como los ecológicos, etc. Cada vez vamos a sociedades más tolerantes con las ideas de los demás y toleramos menos la brutalidad con otros humanos y animales.

Y en contra de lo que parece, tal como demuestra Steven Pinker en su obra *The Better Angels of Our Nature*, estamos en la época con —proporcionalmente— menor número de muertes violentas de toda la historia de la humanidad. Creo que no me equivoco si digo que casi todos compartimos el valor de «disminuir el número de delitos violentos». Tal como demuestra el libro citado, es una meta alcanzable.

Cuando en la sociedad los valores están perfectamente establecidos y prefijados de un modo dogmático, sin posible discusión de los mismos, la ciencia suele estancarse. Los valores perfectamente estáticos implican una sociedad perfectamente ordenada, donde todo está en su sitio y no hay ninguna anomalía; y ya sabemos que la ciencia evoluciona con las novedades y las anomalías.

La Declaración Universal de los Derechos Humanos ha sido probablemente el mayor logro de la humanidad en el siglo XX, aunque su gestación fuese enormemente lenta. Desde la Declaración de los Derechos de Virginia en 1776, que es su claro antecedente, hasta la actual declaración de la ONU en 1948, pasaron 172 años.

El problema, que espero que no ocurra, es que se convierta en una especie de dogma inamovible y eso paralice su deseable evolución. La humanidad se enfrenta a problemas nuevos, por ejemplo el cambio climático, que exigen nuevos valores y nuevas respuestas. Otra es qué hacer con la mano de obra excedente humana cuando los robots hagan casi todo el trabajo. Espero que la ONU tenga cintura suficiente para que seamos capaces de afrontarlo.

Cesare Beccaria (foto: <http://biografieonline.it>)

